

PQ 7297

.C 82

E32

LIBRERIA MEXICANA

GABRIEL EL CERRAJERO

LAS HIJAS DE MI PAPA.

MEXICO

TOMO PRIMERO



FONDO DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE QUERETARO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

## A LOS OBREROS MEXICANOS.

*A vosotros, apóstoles del trabajo, veneros legítimos de la riqueza pública, á vosotros que cumplís con Dios regando el pan con el sudor de vuestro rostro, á vosotros dedico este libro.*

*El trabajo y la educación son las bases de la regeneración social.*

*El trabajo y la educación son el origen de las más sublimes de las emancipaciones.*

*Trabajando sois la riqueza.*

*Instruyéndoos seréis la patria.*

*Tal vez encontrareis alguna enseñanza provechosa en este libro: leedlo, y cuando descanséis de vuestro trabajo, acordaos de que tenéis un amigo que está trabajando por vosotros.*

José T. de Cuellar.



PA7297

v. 080

G32

V. 1

A los obreros mexicanos  
El trabajo y la educación son los bases de la regeneración social.  
El trabajo y la educación son el origen de la mejora de las condiciones.  
Trabajando se gana la riqueza.  
Trabajando se gana la patria.

El trabajo y la educación son el origen de la mejora de las condiciones.  
Trabajando se gana la riqueza.  
Trabajando se gana la patria.

José D. de Villalón

CAPITULO I.

UNA VISITA DE CONFIANZA.



ESO de las cuatro, la muger de un comerciante rico recibia á su visita de confianza las mas tardes. Era esta una costumbre inveterada que estaba muy lejos de inspirar la menor sospecha al mas malicioso observador, y mucho menos al comerciante.

En efecto, aquella señora y su visita cotidiana hablaban siempre de cosas indiferentes; y á la sazón en que empezamos á ocuparnos de sus recomendables personas, están tratando amigablemente de esta materia:



Los parientes.

—¡No me hable usted de parentescos, criatura! decía el señor, porque en esa materia tengo también hecha mi composición de lugar.....

—Como en todo, dijo la señora.

—Ya sabe usted criatura, que yo soy hombre de principios fijos.

—Ya lo sé: la prueba es que me dice usted «criatura» hace.....

—Hará cinco años largos.

—Es cierto. Con que decía usted de los parientes....

—Que en esta materia hemos entrado ya á una confusión tal, que no nos entendemos. Es cosa que á mí me dá miedo preguntar á alguna persona el parentesco que tiene con otra, pues me he llevado ya buenos chascos, ó por lo menos he puesto en aprietos á algunas personas. Mire usted, criatura, no hace muchos días, me encontraba yo en una casa, á la sazón que una señorita tocaba el piano.

—¿Quién es esta señorita? pregunté con reserva á un jóven que estaba cerca de mí.

—También es del otro matrimonio, me contestó.

—¿De quién?

—De la señora, insistió con seguridad, juzgando que con aquel dato me había dicho lo bastante para que yo cayese en cuenta: pero lejos de eso, no hizo más que picar mi curiosidad: me volví á mi izquierda y pregunté á una señora.

—¿Quién es la jóven que está tocando el piano?

—Vea usted, me contestó la señora, esta señorita se crió.....—Malo, dije para mí ¿con que se crió.....

—Como el hermano es padre, no la podía tener en su casa.....—¡Ah! exclamé, entendiéndolo menos todavía, pero es hija de.....—y me detuve con objeto de que la señora acabara la frase; pero lejos de eso, la señora me preguntó.—¿De quién?—Eso es lo que pregunto.—Pues para mí, me dijo mi historiadora, no es hija de Don Pepe ni del general.—¡Hum! dije entonces, está visto que nadie ha de satisfacer completamente mis dudas.

Creí prudente suspender mis indagaciones, porque la pieza de piano había concluido; y empecé á sentir una curiosidad creciente, insoportable: recorría con la vista una á una las personas de la reunión, para elegir á quien hacer mis preguntas, cuando mi vecina de la izquierda me dijo:

—Pues figúrese usted, que ni éstas ni las otras dos chicas conocen á su papá.

—¡Oiga!

—¡Ah! no señor, si la madre es terrible.....

Yo seguía en *bávia*.

A poco rato le pregunté á un amigo.

—¡Vaya! me contestó ¿ya no te acuerdas? si por fin las reclamó la madrina y..... y ya lo ves, ésta es la mayor.

Cada vez comprendía yo menos.

—¿Quieres decirme quien es la señorita que ha toea-



do el piano? le dije á un amigo íntimo, despues de haberlo llevado á la antesala, para exigir allí con mas libertad una contestacion categórica, ó al menos que estuviera á mi alcance: esperaba la solucion tranquilamente, cuando mi amigo, poniéndome las manos en los hombros, se comenzó á reir de una manera estrepitosa.—No te rias, le dije al cabo de un rato, y dime quién es la que tocó el piano.

La risa de mi amigo se hizo mas estrepitosa.

—¿Pero por fin ¿quién es? le dije impacientándome.

Mi amigo se desmoreció de risa, hasta el grado de tener que salirse al corredor.

¿Pero quién será esta señorita, dije para mí, cuya historia secreta parece que conocen todos, menos yo, y lo que es mas, todos me suponen igualmente instruido en el asunto, y se rien como ese majadero, cuando pregunto quién es?

Pregunté á otro amigo mio.

—¡Te haces! me dijo por única respuesta.

Pues señor, dije para mí, es necesario no seguir haciendo preguntas, porque corro el riesgo de pasar por un babieca: y que esa señorita sea hija de quien quiera.

—¿Pero por fin, averiguó usted? preguntó á su vez la muger del comerciante.

—¡Qué habia de averiguar! me quedé....

—¿Pero siquiera sabia usted como se llama esa señorita?

—Sí; sé que se llama Eloisa.

—¿Eloisa? ¿y esto pasaba en casa de las Hernandez?

—Precisamentel

Entonces fué la muger del comerciante la que se echó á reir.

—¡Usted tambien Lola! exclamó su amigo ¿sabe usted que ya me va cargando la historia?

—¡Hombre de Dios! ¿no sabe usted quién es Eloisa?

—No criatura, no sé quien es Eloisa; yo no conozco mas Eloisa, que la señora de Abelardo; ó mejor dicho, ni á esa conozco mas que de fama.

—Es usted el único que no sabe quién es Eloisa.

—Me doy por vencido: es cierto, no lo sé; confieso mi ignorancia.

Mientras acababa de reirse Lola, su amigo esperó mordiéndose los lábios.

Iba Lola á empezar á hablar para decirle por fin á su amigo quien era Eloisa, cuando acertó á tocar en la vidriera de la sala una visita, cuya interrupcion, si bien colmó la medida de la paciencia de aquel buen señor, nos proporciona por otra parte la ocasion de dar al lector algunos apuntes con respecto á nuestros personajes.

Lola, segun hemos dicho, era la muger de un comerciante rico, cuyas costumbres metódicas é invariables habian venido á establecer una amnistia, á la cual Lola se habia acostumbrado sin esfuerzo.

Era aquel un matrimonio, modelo en materia de orden y administracion; al grado de poder describirse por medio de artículos.

Artículo primero: El madrugador de Don Manuel, (Así se llamaba el marido.)



Artículo segundo: El sueñecito de Lola hasta las ocho y media.

Artículo tercero. La comida en familia.

Artículo cuarto. La soledad de Lola en las tardes.

Artículo quinto. El chocolate del amo.

Artículo sexto. De lo que hacia Lola en las noches.

Nada mas siete años llevaban Lola y Don Manuel de hacer esto mismo, sin variedad, sin interrupcion, con una exactitud mercantil.

La visita cuotidiana de Lola se llamaba: el señor Zubieta.

El señor Zubieta era un cotorron, todo lo mas aseado y pulcro que pueda desearse, ocultando sus cincuenta navidades con mas artificios que una jamona. El señor Zubieta era un señor verdaderamente presumido; debió haber sido de jóven, segun la opinion de la misma Lola, lindísimo: tenia muy buenos ojos, unos ojos negros, espresivos, ardientes, ornados todavía de largas pestañas.

Crombé habia logrado colocarle al señor Zubieta seis dientes con un artificio tal, que autorizaba á Zubieta á decir que nacian de sus propios alveolos: las camisas del señor Zubieta eran irreprochables, y sus botas un artefacto hasta esquisito: sedosa piel, zuela delgada, combinacion de curvas graciosas; todo lo tenian las botas del señor Zubieta, quien á sus solas y mas de una vez se convenció, de que una de sus mas apreciabiles prendas personales, era su pié.

De la misma manera opinaba Lola.

El señor Zubieta tenia ademas una respetable y limpia calva, lustrada como una consola, y color de rosa como una concha.

El señor Zubieta era hombre acomodado, vivia de sus rentas, descontaba tal cual librancita con buenas firmas, prestaba sobre alhajas, y sacaba de apuros á algun recomendado, de vez en cuando, prévio el módico estipendio de doce y medio por ciento solamente.

Todos estos negocios los hacia por conducto de su dependiente y cobrador que era un hombrecillo enjuto y carilargo que se llamaba Solares, y del cual nos ocuparemos mas adelante.

Merced á las reglamentadas intermitencias de intimidad en el matrimonio de Lola, el señor Zubieta habia podido establecer sus visitas cuotidianas, pasando dos horas y media al lado de Lola y durante las cuales se podia oir hablar al señor Zubieta puesto que, profundo conocedor de la crónica escandalosa de México, tenia siempre hilo pendiente y materia abundante de que ocuparse, distrayendo los ocios de su buena amiga.

Zubieta comia en casa de D. Manuel el dia de Corpus, el Viernes de dolores, la Noche buena y el dia primero del año irremisiblemente; por lo demas se hacia visible para Don Manuel los domingos en la noche y uno que otro jueves.

Al señor Zubieta no se le pasaba por alto ninguno de los dias de sus amigos; tenia el calendario de santos abierto todo el año, y lo consultaba siempre antes de



acostarse: era la exactitud personificada, y parecía estar muy contento de su modo de vivir: oía su misa rezada todos los domingos y días festivos invariablemente á las nueve y media en el *altar del perdon* en Catedral; y á esta costumbre no había faltado en treinta años, mas que una vez que tuvo anginas.

Este era el señor Zubieta.

En cuanto á Lola solo diremos por ahora que era hija de un antiguo empleado de rentas, se había casado á la edad de veintiseis años, y llevaba siete de casada y tenía tres niños.

Tales eran los dos personajes que nos hemos propuesto dar á conocer á nuestros lectores, y quienes esperando impacientes la retirada de sus importunas visitas, pasaron tres cuartos de hora en charla insustancial, hasta que libres por fin, cual lo deseaban, anudaron el hilo de su interrumpida conversacion.

## CAPITULO II.

EN EL CUAL COMIENZA EL LECTOR A SABER  
QUIEN ERA ELOISA.

**E**N una de las calles de San Pedro y San Pablo, vivía hace algunos años una señora, cuya misteriosa historia fué por mucho tiempo pasto de conversacion y motivo de hablillas entre las vecinas de una gran casa de vecindad, cuya inquilina principal era esta señora, madre de tres niñas que no conocían á su papá.

Fresca, corpulenta y apuesta era la matrona, que podía frisar muy bien en los cuarenta y pico, pero que, pose-



yendo una naturaleza privilegiada, se conservaba aun en todo el vigor de la hermosura.

Vestía elegantemente, y al parecer se cuidaba mucho mas de su interesante persona, que de sus mismas hijas, supuesto que estas tres niñas, de las cuales la mayor tendría ocho años, iba á la escuela gratuita, y ni en su fisonomía, ni en su porte, revelaban tener por mamá, una de las señoras mas apuestas y elegantes del barrio.

Todo lo que rodeaba á la consabida señora, era misterioso; pero como no hay misterio posible, ni capaz de seguirlo siendo si se entrega al análisis de la curiosidad femenil, ya sobre poco mas ó menos, la vecindad sabía á que atenerse en materia de asuntos que nada le importaban.

Una de las razones mas poderosas que dicha vecindad tenia para lanzarse de lleno en el camino de las indagaciones con respecto á la vida íntima de esta señora, era el habitar la vivienda principal de la casa, circunstancia que parecia acarrear lógicamente esta conclusion entre las vecinas.

—Luego es necesario saberlo todo, pues que á mengua hubiera tenido la vecina del 8, saber menos que la del 4, en materia de conocer á la de la principal.

—Ya tomaron la vivienda, le gritó una muger á otra de un extremo á otro del patio.

—¿Ya? ¿y qué casta de pájaro? contestó la vecina de enfrente, que ribeteaba sombreros, sentada en el dintel de la puerta de su cuarto.

## LAS HIJAS DE MI PAPÁ.



Lola





—Creo que es pájara, dijo otra que cargaba un cajon lleno de basura.

—¡Ave María Purísima! vamos á tener entradero y salidero.

—¿Qué, es bonita? preguntó una.

—No lo sé, dijo la ribeteadora; mi comadrita la conoce, Llegaron los muebles al medio día.

—¿Ya vió? preguntó una.

—De brocatel y toda la cosa, contestó otra vecina,

—¿Y la cama?

—De bronce.

—Matrimonial?

—Pues no.

—¿Habrá niños?

—Tres chiquitas.

—¡Vaya!

A la oracion de la noche,

—Ya acabaron dijo una,

—¿De qué?

—De mudarse.

—¿Y ella, no ha venido?

—No.

—¿Y nada de hombre?

—No, paqué.

—Ha de ser de los que entran tarde.

—Dios me dé para pagar una casa sola; dijo la ribeteadora.

—Y á mí: dijo una que lababa.



—No hay cosa como vivir uno en su casa sola, crea usted doña Jesusita, que solo por la necesidad.....

—Qué hemos de hacer los pobres.

Esa noche llegó la nueva vecina á las once y media.

Al día siguiente las vecinas establecieron su tertulia de puerta á puerta.

—¿Cómo pasaron la noche? dijo una vecina.

—Yo, desvelada.

—¿Las chinchas?

—No, que chinchas, los golpes: la vecina vino á las doce de la noche.

—A la una, agregó la sombrerera; á mí me espantó el sueño, como lo tengo tan ligero.

—Y eso es por primera noche, ¿qué será despues?

—Tendrá que pagarle á la casera cuatro reales diarios.

—¿Por qué cuatro reales?

—Eso le pagan á los guardas de noche.

—¡Caball que Don Lázaro es guarda y me lo ha dicho.

No tardaron en averiguar las vecinas, que aquella señora de la vivienda principal, se llamaba Doña Estefanía, que era de fuera de México, que no tenia hombre, que gastaba mucho dinero y que de cada seis noches, dos venia tarde.

Pero todo esto era todavía muy poco para saciar la curiosidad de las vecinas, y una de ellas se propuso saber mas todavía y dar cuenta á sus compañeras de lo que observara.

—Ahora sí estamos bien, les dijo un día, ya tengo

amistad con la cocinera de Doña Estefanía; ya tendré que contarles á ustedes.

Efectivamente, á los pocos días la noticiosa convocó á sus compañeras, para decirles que á Doña Estefanía la visitaban varios señores muy decentes, porque algunos eran hasta de coche propio, y que especialmente, uno era el que tenia mas intimidad; pero que ninguna de las criadas habia podido nunca averiguar lo que platicaba Doña Estefanía con su visita privilegiada, porque siempre hablaban tan quedo que era imposible sorprenderles media palabra.

—Será su amante, observó una vecina.

—Eso es lo mismo que yo creia, contestó la noticiosa, pero la criada me asegura que no, que ella ha observado bien, porque eso á legua se conoce, y que está segura de que los asuntos que su ama trata con ese señor, no son amorosos, sino de un género que no es fácil averiguar.

—Pues eso está muy malo, dijo una vecina, porque de no ser asuntos amorosos los que esa señora trata, de seguro deben ser de mucha mas gravedad.

—Quién sabe si tenga usted razon, mi alma; exclamó la ribeteadora, porque está uno viendo mas cosas, que ya no deberá sorprenderse cuando se sepa que, personas tan encoquetadas como nuestras vecinas, estan complicadas en negocios criminales.

La visita predilecta de Doña Estefanía, era un señor que segun decian unos, era coronel; otros, propietario; quienes, negociante; pero en lo que si estaban todos con-



testes, era en asegurar que aquel señor era una persona bien acomodada.

—Y eso sí, decía la ribeteadora de sombreros, garboso como todos los mexicanos, ¿creerá usted que cuando la casera le abre el zaguau le dá de á peso?

—¿Oiga? exclamaron varias.

—Pues es negocio de dedicarse uno á abrirle.

—Ya se vé, pero no crea usted que la casera lo permita, sobre que hasta toma café, para no dormirse.

—Ya lo creo ¡por un peso!

Este coronel ó lo que fuera, se llamaba Sotomayor, gozaba de muy buen crédito y en sus costumbres no se hacía notable por otra circunstancia, que por la de desaparecer por largas temporadas de México, sin saberse á punto fijo, á que lugar se dirigian sus viajes, ni cual era el objeto de aquellas expediciones.

Doña Estefanía, fué por largo tiempo objeto de viva curiosidad entre las vecinas de la casa de vecindad, quienes acabaron por conformarse con no saber mas que lo que hasta allí sabian.

El señor Zubieta habia escuchado con suma atención el relato anterior y esperaba como era muy natural, que todos aquellos datos, acabarian por darle mas luz sobre lo que deseaba saber; quiere decir, sobre quien era Eloisa, pero por mas que hacia, nada de lo que hasta allí habia oido lo sacaba de sus dudas.

Lola por su parte parecia complacerse en prolongar la perplejidad de su amigo Zubieta.

—Continúe usted, dijo éste.

—¿No cae usted en cuenta?

—No, con solo esos datos.....

—¿Recuerda usted, que la casa de Doña Estefanía estaba situada en la calle de San Pedro y San Pablo?

—Ya lo recuerdo.

—¿Qué el coronel que la visitaba, se llamaba Sotomayor?

—Tambien lo recuerdo.

—Qué Doña Estefanía tenia tres hijas?

—Tengo tambien frescas todas las especies, pero á pesar de eso, todavía no enlazo..... murmuró el señor Zubieta, esperando llegar al desenlace.

—Importa mucho, dijo Lola con cierto misterio, que no olvide usted nada de lo que acabo de decirle.

—No lo olvidaré.

—Por que como tiene usted tan mala memoria, es preciso hacerle esta recomendacion.

—Pero bien ¿acabará usted de decirme quien es Eloisa?

—Indudablemente acabaré, y aun hay mas, se va usted á sorprender, cuando se persuada de que lo que le estoy contando á usted, ya lo sabia usted antes que yo.

Zubieta estuvo á punto de creer que Lola se burlaba de él, ó por lo menos que le estaba haciendo pagar bien cara su falta de memoria.

—Me resigno: dijo Zubieta, estoy decidido á no interrumpir á usted mas, y á no hacerla mas preguntas, pero no me moveré de mi asiento, sin acabar de oir esa histo-



ria que por poco que pudiera interesarme, ha logrado usted darle un atractivo que no habian tenido hasta aquí ninguna de nuestras crónicas.

—Eso es mas largo de lo que parece Zubieta, dijo Lola con cierta coqueteria, la historia de Eloisa es muy larga, y yo me he propuesto contársela á usted con todos sus pormenores, de manera que si espera usted saber hoy el desenlace, quedarán burlados sus deseos.

—Quiere decir que no llegaré á saber quién es Eloisa sino cuando.....

—Sino cuando el curso natural de los acontecimientos le vaya haciendo comprender una porcion de cosas que le van á sorprender á usted agradablemente.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo..... ¿lo digo?

—Sí.

—¿Aunque sea para atormentarlo á usted con su propia curiosidad?

—Sí.

—Pues..... por ejemplo se sorprenderá usted cuando sepa que una de las personas que tuvieron una parte mas directa en la historia de Eloisa, es usted.

—¿Yo? exclamó el señor Zubieta; poniéndose encendido á su pesar.

—Sí, usted..... señor desmemoriado, usted.

—Va usted á volverme loco.

—No, sino muy cuerdo.

—¿Con que yo tengo parte?.....

—En la historia de Eloisa y de Doña Estefanía.

—¡Pero criatural exclamó Zubieta, cambiando de tono, si en mi vida he....

—Lola comenzó á reirse alegremente, mientras Zubieta recorria con violencia en su memoria la historia de su vida pasada, y en vano procuraba atar no sabemos cuantos diversos hilos rotos á las palabras misteriosas de Lola.

Eran las siete de la noche, hora en que el marido de Lola entraba á su casa.

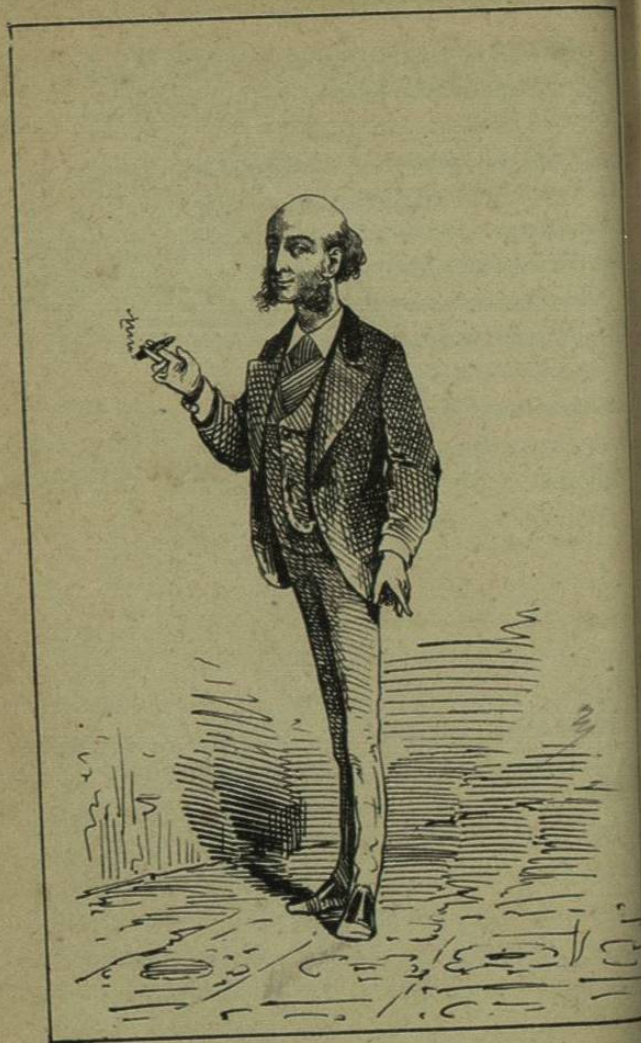
La sonora campanilla del reloj de la sala, anunció á nuestros dos personajes que allí debia terminar su conversacion, ni mas ni menos que si se tratara de cerrar un capítulo.

El marido de Lola dió las buenas noches.









Zubieta.

CAPITULO III.

EL CHOCOLATE DE DON MANUEL.

**E**L señor Zubieta estaba altamente preocupado, sin poder comprender qué parte era la que podía tener en la historia de Eloisa, al paso que Lola parecia estar gozando con el suplicio de Zubieta.

Pero Don Manuel que no estaba en autos, ni podía participar de la perpeglidad de Zubieta, ni de la travesura de Lola, no pudo menos que sorprenderse al notar que algo pasaba ó habia estado pasando durante su ausencia.



Don Manuel no era hombre que se detuviera en minuciosidades, ni mucho menos que intencionalmente estudiara lo que á su derredor pasara en su casa; pero esta vez la cara de Zubieta revelaba, aun para el observador menos sagaz, que habia de tras de un disimulo desusado, algo que Zubieta pretendia ocultar.

La risa deja en la fisonomía, no sé que huellas misteriosas y hace el mismo efecto en ciertos semblantes, que esos aguaceros de verano, que sin empaparlas, hacen aparecer despues mas frezcas y mas ricas en color las flores, y mas verdes las hojas de los campos.

En la cara de Lola no habia acabado de desaparecer la alegría.

—Qué algre está *ésta*: pensó para sí Don Manuel.

Y luego viendo á Zubieta agregó siempre para sí.

—Y que preocupado está *éste*.

Y entonces fué Don Manuel quien comenzó á preocuparse.

Le ocurrió en aquel momento que aquello que él notaba por primera vez, acaso habia pasado ya otras muchas, sin que él se hubiera tomado la pena de notarlo, y sin poderlo evitar, Don Manuel se concentró.

Lola tenia una imaginacion muy viva.

—Mi marido no venia triste, pensó Lola, pero de repente se ha puesto meditabundo: yo no puedo atribuirlo á otra cosa, sino á que este candoroso de Zubieta está hecho un simple con motivo de la historia de Eloisa, ¡qué torpeza de Zubieta!

Despues de un largo rató de silencio, dijo Don Manuel dirigiéndose á Zubieta.

—¡Y qué milagro!

—¿Milagro? repitió Zubieta maquinalmente, milagro decia usted ¿de qué?

—Hoy no es jueves ni domingo.

—No; efectivamente, hoy es.....

—Hoy es martes.

—¡Ah, sí! dijo Zubieta ¿lo dice usted porque solo nos vemos los jueves y los domingos? ah, sí; pero es el caso que..... como..... ahora verá usted..... salí de casa y dije, hoy es..... hoy es martes: el miércoles tengo que dar unos dias, y el jueves, ¡ah! el jueves no puedo venir porque tengo una junta. y dije, pues vamos en casa de Don Manuel y le anticiparé la visita del jueves, porque de otro modo, nos dejaremos de ver toda la semana.

—¡Ah! exclamó Don Manuel! acentuando este ¡ah! mas de lo que convenia á una exclamacion del órden comun.

Zubieta dijo para sí.—Creo que me ha conocido qué miento; y no bien hubo pensado esto, cuando se encontró con la mirada de Don Manuel y sintió que la sangre se le subia á la cabeza.

Lola fingió no ver lo que estaba pasando.

—¿Y qué tal el comercio? exclamó inopinadamente Zubieta.

—Así, así; contestó Don Manuel.

Trajéronle á Don Manuel el chocolate.



Esta era una de las cosas que hacia Don Manuel, que daba envidia verlo.

Una criada, Ramona, que llevaba siete años de servir en la casa, era la que traia el chocolate todas las tardes.

En primer lugar, traia una mesita de *papier mache* con incrustaciones de concha, y la ponía frente á Don Manuel; luego estendía sobre ella una azulosa sevilleta de alemanisco, colocaba en seguida un platon con biscochos, despues un botellon con agua filtrada y un baso de cristal y por último un pozuelo dorado rebosando aromático, caliente y espumoso chocolate.

Don Manuel, siguiendo una antigua costumbre de su casa paterna, bendecía el chocolate antes de catarlo; circunstancia que acababa de condimentar aquella bebida española, que una vez con la bendicion, quedá esenta de las asechansas del demonio y hasta con propiedades de sanidad y digestivas; que no hay mas que pedir.

Don Manuel bebia un trago de agua antes de probar el chocolate, como para que el paladar se preparase á su regalo cotidiano: despues elegía el buen señor, entre el surtido platon, el biscocho mas apetitoso, y en esta especie de refinamiento gastronómico, conocia Lola por lo general el estado normal de su marido.

Cuando Don Manuel llegaba á las siete de la noche restregándose las manos y pidiendo su *chocolate*, era señal de que el horizonte estaba totalmente despejado; y entonces Don Manuel al verse enfrente de su platon de biscochos, manifestaba una alegría y una satisfaccion tales,

que daba una idea exacta del hombre verdaderamente feliz.

Entonces con una mirada digna de un muchacho gloton, devoraba aquel pequeño cerro de biscochitos, y ya elegía un *biscochito de á cinco* de la calle de Tacuba, para cerciorarse de si eran calientes y de si olian bien á mantequilla; ya tocaba las *pechuguitas de huevo* y las olía para saber si eran de la hornada de la tarde ó de la mañana: veía los *huesitos de manteca* y sentía hacérsele agua la boca, al contemplarlos dorados, calientes y quebradizos al menor contacto, circunstancia recomendabilísima en materia de huesitos.

Despues de este prolijo reconocimiento, dividía en cuatro rebanadas largas un *grageado*, partía en tres un *boyito de á cinco* y colocaba aquellas siete raciones que eran los candidatos de las siete primeras sopas.

Llegaba Ramona; y Don Manuel era entonces cuando solía sonreirse con su criada y cuando solía manifestarle sus esplendideces y sus liberalidades; y era entonces tambien cuando Romana recibía el agasajo del amo y la recompensa de sus siete años de hacerle el chocolate á Don Manuel con sus propias manos.

—Vé al cajon, Romana y pídele á Don Rodrigo de mi parte, un corte ee enaguas da merino de todo tu gusto: que te enseñe los cortes nuevos ¿lo oyes? ya viene por ahí el dia de Corpus.

Romana se tapaba la boca, como para que D. Manuel no le viese sus blancos dientes, que en aquellos momen-



tos estaban encargados de hacer brillar todo el regocijo de Ramona, quien veía á su ama y se ruborizaba, costándole mucho trabajo murmurar un «muchas gracias,» torciéndose toda y no pudiendo menos que correr hasta la cocina para hacer estallar cerca del braceró toda su alegría.

El chocolate de Don Manuel se sasonaba entonces completamente y hasta era comun que en tal caso le dijese á su muger.

—El martes llega la carga y el miéroles ya puedes ir á elegir tu vestido; vienen unos groses franceses, riquísimos: y no son mas que cuatro cortes: no he querido decirlo hasta que tú elijas uno: los otros tres, se los mandaré al señor Barron.

Esta era otra sopa de chocolate que Don Manuel tenía ocasion de saborear, junto con la satisfacción de verle brillar los ojos á Lola, ébria de felicidad y hasta de amor.

Tan solemne así llegaba á ser el chocolate de Don Manuel y tan importante era siempre aquel acto, que si á tomar chocolate en la propia mesita invitaba á un amigo, podia asegurarse que aquel amigo era predilecto; si Don Manuel tenia algun ligero disgusto, lo olvidaba ante los bizcochos, si estaba alegre, pasaba de la alegría al mas dulce bienestar ante el chocolate; pero si ante los boyitos y el caracas Don Manuel estaba grave y reservado, entonces habia que temer que por el horizonte asomaban nubes preñadas de horror que presagiaban una catástrofe.

De manera que Lola, aunque habia conocido ya que su marido estaba preocupado, no quiso medir el nublado antes de la aparicion del chocolate; y solo cuando este llegó, fue cuando Lola empezó á temer que algo sério estuviera sucediendo, y fué hasta entonces cuando las huellas que la hilaridad habia dejado en su frezco rostro, fueron desapareciendo, como las gotas de rocío de una flor que se orea al calor del sol.

Don Manuel estuvo reservado; y lo primero que le ocurrió fué esto.

—Esta noche no salgo.

Zubieta por su parte hizo todos los esfuerzos posibles por mostrarse como si tal cosa, y pretendiendo hacer uso de toda la diplomacia de que se creia capaz, se tornó en locuaz y decidor contra su costumbre, y tanto hizo, que Don Manuel no pudo menos que decir para su capote.

—Qué comunicativo se encuentra *este*.

Y Lola que, como hemos dicho antes, era suspicaz, pensaba que Zubieta estaba empleando esfuerzos inútiles, supuesto que no se trataba allí de ocultar nada reprobado, y en todo caso no habia en aquello mas, que la insignificante contrariedad de dejar pendiente una conversacion indiferente y pueril.

Zubieta hubo de agotar al fin la materia disponible para la charla, y quemó en ella hasta su último cartucho; despues de lo cual se rindió á discrecion, ó lo que es lo mismo, al silencio que reinó despues de su última palabra.

Don Manuel y Lola habian permanecido callados.



Zubieta recurrió al concido remedio de consultar la hora: vió su reloj y dijo.

—Las nueve y media: ¡cómo se ha pasado el tiempo!

Y en seguida se levantó de su asiento, prolongó lo mas que pudo los preparativos de su marcha, abrochándose la levita, estirándose el chaleco, viendo, al traves de la vidriera, si llovía, fingiendo que le habia llamado la atención un objeto cualquiera de la mesa; todo esto enmedio del mas profundo silencio, durante el cual, Don Manuel y Lola estaban contemplando á Zubieta, y pensando que decididamente Zubieta tenia algo que no era natural, y que aquella noche en todos sus movimientos habia revelado cierto embarazo extraño y sobre todo un disimulo que lo vendia á legua.

Por fin se despidió deseando poner término á aquella situacion que él mismo no comprendia, pero que se hacia cada vez mas embarazosa.

Tenia, como un cómico que está de malas, la conciencia de que todo le estaba saliendo mal, y deseaba solo que cayera el telon y olvidarlo todo.

Zubieta pues, estaba literalmente como dicen los cómicos, fuera de caja.

Se despidió lo mas afectuosamente que pudo, mas afectuosamente que otras veces, y acompañado por Don Manuel, dió las buenas noches, salió de prisa y se dió un golpe en un brazo con un picaporte, y despues le faltó el primer escalon de la escalera, y al llegar al último creyó

estar en el anterior y dió una patada en plano, que resonó el toda la casa.

Semejante á esa desagradable sensacion que se experimenta cuando damos un paso para bajar y no hay escalon, era lo que habia estado sintiendo Zubieta toda la noche en la casa de Don Manuel.

Cuando estuvo en la calle y á alguna distancia se paró.

—¡Pero qué diablos me sucedel exclamó ¿qué he tenido? ¿por qué me he desconcertado? creo haber hecho algunas barbaridades, y lo peor es que Don Manuel me ha observado con una atención, que ya me estaba sacando de quicio.

Don Manuel se puso sério á poco rato de haber llegado, sí, y tan sério que se ha estado callado por largo tiempo. No, y despues de todo, esto es una desatención, al fin estaba yo en su casa, y por mi parte creo, no haber dado jamas motivo ¡qué digo! muy al contrario he sido tal vez muy caballero, si señor, muy caballero, porque..... en fin, un marido que de cada veinticuatro horas consagra solo dos á su muger..... Una muger..... una muger como Lola, de atractivos, interesante; inteligente, ardiente..... y yo..... yo..... á pesar de conocer todo el mérito de Lola, á pesar de que.....me gusta, si señor, porque Lola me gusta..... yo jamas me he atrevido..... ¡qué digo! ni mucho menos.....

Recuerdo nada menos cierta temporada en que tuve que retirarme..... de modo que dije, en fin..... el trato continuo, y luego, como Lola estaba entonces tan intere-



sante, hice el sacrificio y me retiré espontáneamente, teniendo hasta que mentir, si señor, mentir, porque pretesté ocupacion y que sé yo cuantas cosas mas.

¿Que mas se le puede pedir á un caba lero? si esto no es ser un buen amigo, si esto no es respetar la felicidad conyugal, si esto no es un sacrificio raro..... entonces ya para nada sirve la moral, ni la consecuencia, ni la amistad ni nada. No, y lo que es á mí..... si bien sé portarme como caballero, tambien cuando me toquen, cuando se trate de desconocerme, ¡ahl entonces yo tambien sé la manera de portarme, porque en fin, cada uno tiene su amor propio, y el hombre es bueno hasta que lo cansan.

Ya veremos, ya veremos.

#### CPIMULO IV.

#### LO QUE PENSABA LOLA Y LO QUE PENSABA DON MANUEL.



UCHO tiempo estuvo callado Don Manuel, y á Lola le pareció prudente no darse por entendi-  
da de aquel extraño silencio.

Fingió Lola negocios; y en obsequio de la verdad debe decir que por su parte lo hizo mil veces mejor que Zubieta, puesto que ni el mismo Don Manuel, que como hemos visto estaba sobre la malicia, pudo notar nada forzado ni inverosímil en todo lo que hizo Lola.

En esta materia, cada muger vale por diez Zubietas, y